

FEDERICO PATÁN*

Calles y avenidas

Streets and Avenues

Resumen

Narran estas memorias el abandono de la provincia mexicana por la familia Patán y su asentamiento en la Ciudad de México. Por lo mismo, los cambios que se dieron respecto al exilio republicano. Se exponen esas modificaciones mediante una serie de anécdotas sencillas pero eficaces: el aprender a vivir la capital, el ser alumno en uno de los colegios creados por el exilio, el disfrutar la abundante oferta de cine que se tenía y el encontrar aspectos del exilio imposibles de conocer en provincia.

Palabras clave: Exilio, Ciudad de México, anécdotas, voz narrativa

Abstract

This memoirs tell about the experience of leaving behind living in a provincial town of Mexico and learning to live in the capital city. Changes were inevitable and are introduced by way of many daily happenings. The narrative voice is that of an adult obeying the approach of a boy. So, learning to live in a complex city, going to one of the schools created by the exile, enjoying the abundance of films, getting to see the many presences the exile had. So, these pages are an individual testimony of what now belongs to History.

Key words: Exile, Mexico City, anecdotes, narrative voice

Fuentes Humanísticas > Año 29 > Número 55 > II Semestre > julio-diciembre 2017 > pp. 127-146

Fecha de recepción 09/05/17 > Fecha de aceptación 02/07/17

fpl37@servidor.unam.mx

* Universidad Nacional Autónoma de México.

Av. Chapultepec 54

El restaurante de mi padre estaba en un segundo piso. Se llamaba *La peña andaluza* por herencia de los antiguos dueños. Dado el fracaso de la aventura, siempre bromeamos en casa que el nombre había sido parte del mal fario. Pero de broma no pasaba, que las causas tuvieron otras raíces bastante menos humorísticas. Antes de entrar en ellas diré que el restaurante estaba, para precisar geografías, en el número 54 de la avenida Chapultepec, en un edificio de dos plantas, la primera ocupada por una mueblería y la otra por el negocio adquirido por mi padre. Era una segunda planta enorme, de construcción antigua: muros gruesos, techos altos y pisos de madera. Tenía seis habitaciones muy amplias, un cuarto de baño decente (con, bendición de bendiciones, tina y regadera), cocina generosa y un breve patio de servicio, donde tres barriles de madera servían para almacenar agua. De tal magnitud fue el cambio que, recién llegado al restaurante, creí que mis padres me embromaban: venido de confinamientos apenas suavizados por la casa última, ¿tanto y tanto espacio me pertenecía ahora? Es decir, pertenecía a mis padres y a mí y a mi hermana por contagio. Se me informó: una de esas habitaciones interminables iba a ser el dormitorio que compartiríamos Olivina y yo. En verdad que todo era promisorio.

Recuerdo que dos de las habitaciones, sin duda las mayores, servían de comedor para los clientes, así que restaban cuatro para la familia. Sé que en algún momento mi tío Gonzalo se pasó a vivir con nosotros. Sé que los pisos eran, como ya mencioné, de madera, los primeros en mis breves años de existencia, puesto

que en Perote todos habían sido de cemento e ignoro de qué en Santa Clara. Sé que de principio el humilde moblaje llegado de Perote extraviaba su presencia en amplitud tan desorbitada. Descubrí con pasmo que las habitaciones tenían contraventanas, mediante las cuales podía crearse noche incluso mediado el día. Y además no era sólo cuestión de ventanas, sino de balcones de piedra tallada. ¿En serio todo aquello era para disfrute de la familia? ¿No estaría alguien jugándonos una broma? “Qué no”, insistía mi madre, llena de sonrisas, “que ahora nos pertenece”. Agregaba, “y ésta, es Lola, nuestra cocinera; y esta otra María, la ayudante; y esta Petra, la mesera”. Y yo Federico, hijo de Federico y, según las crónicas familiares, nieto de Federico: y aquella era Oliva, hija de Ramona y nieta de Antonia. ¿Habré dormido bien la primera noche? ¿Cuándo fue exactamente aquella primera noche? Únicamente el olvido lo sabe.

Cada espacio tiene su atmósfera, su sabor. Yo prefería aquella de las dos habitaciones más retiradas, que el incesante movimiento del comedor, en las horas pico, me agobiaba. El aislamiento es una inclinación que se ha empeñado en vivir conmigo, bien que con distintos grados de insistencia y con modificaciones en su naturaleza. En el comedor todo era revuelo a la hora de la clientela, sin la mitigación peroteña de poderme ir a visitar las calles adyacentes o desaparecerme en el tercer patio, el de la leña. Pero seguramente estoy vistiéndome con una nostalgia que no tuvo lugar, que hoy me invento o por lo menos modifico. Porque la ciudad me fascinaba dadas las mismas razones con que lo hacía cuando llegábamos a ella de vacaciones, porque entonces todo en ella era riqueza, hasta la pobreza. Es decir,

todo abundaba: mercados enormes, tiendas variadas, puestos de prensa en las esquinas, autos de todo modelo por todas las calles y avenidas, y cines a pasto. Ah, esto último qué prodigio. Nada de esperar a la matinee del domingo para compartir aventuras con vaqueros o piratas.

A saber cuando, mi padre nos había inscrito ya en un colegio. Español y del exilio: el Hispano-Mexicano, que en el nombre parecía definir mi condición ciudadana. No me era desconocido. En alguno de los viajes a la capital me llevó a él la abuela de una amiga, para que saludara a ésta. Llegamos a Las Lomas, barrio elegante, nos acercamos a la verja cubierta de enredaderas, preguntamos a unas alumnas por la nieta, nos dijeron que ese día no había asistido y regresamos donde mis padres. Bastó ese incidente para que, avisado de mi ahora pertenencia a tal centro, supiera de qué se trataba. Pero antes de alcanzar el colegio una sorpresa: un autobús escolar, de color anaranjado en aquellos tiempos, me aguardaba. Subir a él y verme transportado hasta el colegio fue definitivo en confirmarme el cambio de existencia ocurrido, bien que no alcanzara a digerirlo en cabalidad. Pero vuelvo al autobús. Por alguna razón cartográfica, su ruta comenzaba o concluía en el restaurante de mi padre. Bajábamos mi hermana y yo, patibularios de sueño y mochila en mano, y allí, producto de la magia, aguardaba el transporte con su chofer simpático y el cuidador odioso, quizá porque serlo ayudaba a que lo obedeciéramos los pasajeros. Poco a poco se iba llenando de otros usuarios, a los que recogía por distintos rumbos de aquella ciudad interminable. La memoria no ha querido guardar testimonio del primer viaje, así como tampoco de las clases ini-

ciales. De pronto, en la memoria, ya soy un elemento habitual de ese mundo, al que pronto me adapté. Es fácil adaptarse a lo bueno. Allí, en ese mundo, tropecé con otros ángulos del exilio, no sólo aquellos exiguos del diminuto Perote. Por algo decir, los profesores eran españoles o españoles los recuerdo. Por algo agregar, la mayoría del alumnado era de origen hispano. La mayoría, que mexicanos también había, dándose con ello una combinación que en su brevedad algo explicaba de lo que exilio significa.

Allí, en ese colegio, descubrí que existía un deporte harto curioso llamado béisbol o, en fallida decisión de la academia, pelota base. Harto curioso porque los jugadores de un equipo haraganeaban mientras uno de ellos, garrote al hombro, intentaba pegarle a la bola que un enemigo lanzaba. Mientras éste lanzaba, sus compañeros holgazaneaban distribuidos por el campo, a la espera del milagroso garrotazo que enviara la pelota lo más lejos posible. Al parecer, para el equipo era cuestión de atraparla. Por herencia paterna mi deporte era el fútbol o, decisión académica ligeramente menos fallida, balompié. Que recuerde, nunca jugué éste en Perote, así que mis primeros intentos de dominar el balón con el pie ocurrieron en el Hispano-Mexicano. Este deporte y yo nos hicimos algo más que amigos. Tanto así que procuraba no dejarme en ridículo. Terminé por ser de los siempre elegidos para el encuentro en turno, ocurrido por ley a la hora del recreo. ¿Algún momento de gloria? Desde luego que no. ¿Algún momento de vergüenza? Desde luego que sí. Paso a narrarlo. Me llegó el balón, esquivé a varios jugadores del equipo contrario, quedé frente al portero, que salía a detenerme, lo dejé atrás y heme

ahí ante la inerme y amplia portería del enemigo. Lleno de confianza largué el cañonazo. El balón, por alguna razón que me es desconocida, decidió no convertir en gol tanto esfuerzo. El patio entero quedó en pasmo. Pasmo que se volvió enojo en varios compañeros, enojo que se transformó en algunos insultos dichos en voz baja, pero no tanto que no me llegaran. Al día siguiente hubo titubeos pero quedé elegido, aunque "Tú a la línea defensiva" fue la orden tajante. La acaté humildemente y, al menos en esa ocasión, ningún desastre produce.

La pasaba a gusto en el colegio. Más a gusto la pasaba en casa. Porque no era sólo el segundo piso, sino que todo comenzaba en el portón de entrada, enorme como para permitir el acceso a un carruaje tirado por caballos. El portón tenía una puerta, que era la de uso cotidiano. Lo recuerdo de un verde oscuro que, hoy me doy cuenta, me gustaba. Enseguida venía un patio, a cuyo fondo comenzaban las escaleras hacia el segundo piso. A la izquierda un sótano. El sótano totalmente inundado con un agua hedionda, en la cual flotaban trozos de madera y fragmentos de cartón casi podridos. "Por allí, ni acercarse", fue la severa orden paterna. En consecuencia, por allí nos acercamos mi hermana y yo en más de una ocasión, preguntándonos el porqué de la prohibición, dado que el lugar se prohibía a sí mismo. En un cierto momento, calzando botas de hule hasta la rodilla (no se me pregunte de dónde salieron), decidí internarme en los secretos de aquella cueva. Inútil esfuerzo: la peste fue insoportable y no quise completar mi aventura. Subiendo la escalera y a medio camino entre el patio y el primer piso estaba una habitación, siempre con

un candado a la puerta. Era la alacena del restaurante, aparte de que ocultaba ciertos atractivos, como la inexplicable presencia en un estante de dos proyectores de cine. Luego venía nuestra vivienda y sus muchos rincones. De uno de ellos, externo, partía una escalera de hierro forjado que desembocaba en la azotea. En ésta todo era amplitud excepto que al fondo, mirando a la calle, estaba un cuarto de servicio, asimismo de candado en la puerta. Nadie lo usaba, pues las empleadas se iban a su casa en concluyendo el trabajo. Allí, intrigantemente vacío, el cuarto parecía aguardar a que algo (le) sucediera.

Detalle la distribución de aquella vivienda porque para mi era, insistiré, un asombro. Venida mi familia de una cabaña en Santa Clara a una reducida habitación en Perote, con breve intermedio en una casa de medianas dimensiones, el restaurante era un prodigio de espacio. Y si todo mantenía el ritmo de crecimiento iniciado ¿qué impedía que el siguiente paso fuera una mansión, de esas que se veían en algunas películas mexicanas? Además, el restaurante estaba en una avenida de camellón en medio, situada en un barrio céntrico lleno de disfrutes, a su vez situado en una ciudad gigantesca y variada. La conocía muy parcialmente, por las vacaciones que en ella nos habíamos dado. Pero ahora la iría absorbiendo sin prisas, disfrutando cada descubrimiento, no importa cuan ligero. El simple trayecto en el autobús escolar me adelantaba la variedad de climas culturales que la componían. Por decir algo, que el transporte pasara del centro histórico a la colonia Roma (clase media alta) y desembocara en el Paseo de la Reforma a la altura de Las Lomas, donde, repetiré, estaba el colegio. Otro detalle importante: los cines. En la calle Bar-

celona, a unas cuantas manzanas del restaurante, estaba el *Parisiana*, cine de función doble. En él vi anunciado el *King Kong* (1933) de Schoedsack, que por aquellos años se me escapó y terminé viendo ya muy adolescente. Las fotos publicitarias lo hicieron atractivísimo de ver, pero las decisiones cinematográficas (y casi todas las demás) las tomaban mis padres que, por decir algo, preferían aburrirme con *Los siete niños de Ecija*.

Por el rumbo estaba otra sala, llamada *Alhambra*, y a una distancia nada insalvable San Juan de Letrán con su inacabable oferta de cines, siendo mi preferido de entre ellos el *Avenida*. ¿Mis razones? Sólo exhibía cortos, divididos en caricaturas (divertidas, en especial las de *Tom y Jerry*), comedias (divertidas, excepto por algunos resbalones de *Los Tres Chiflados*), noticieros (insoportables porque hablaban de un mundo que no me interesaba, aunque existiera) y, momento culminante, el episodio en turno de la serie que estuviera proyectándose. Serie que daba pretexto para asistir al cine quince (ocasionalmente doce) semanas en cadena. Porque era indispensable enterarse de cómo se salvaba el héroe, quedado en situación peligrosa al término de cada entrega semanal. De cómo, pues nadie dudaba que saldría ileso de cada situación comprometida. Y concluido el episodio correspondiente, de vez en cuando, a lo largo de la semana de espera, idear soluciones al peligro en que el héroe había quedado y enorgullecerse de la imaginación propia cuando se acertaba. Pero tergiverso un tanto las memorias y adelanto hechos que corresponden a otros años. Sí, mi madre nos llevó a esas funciones pero nunca quince semanas seguidas. Sí, mi padre nos llevó en una ocasión y no paraba de asegurar “Esto

ya lo vimos. Vámonos.” ¿Quién iba a replicarle? Justo es decirlo, pese a las quejas que exhalaba soportó la función entera.

Que yo recuerde, al *Metropolitán*, también por el rumbo, asistí una sola vez. Exhibían, tardíamente, *Las aventuras de Tom Sawyer*, imagino que la de Norman Taurog (1937). Habló de la cinta una compañera de estudios, llamada Alicia; lo hizo con tal entusiasmo, y frente a mis padres, que éstos decidieron comprobar la certeza de lo escuchado. “Nos vamos al cine”, fue el mandato de Federico el mayor algún fin de semana. Mi madre, mi hermana y yo obedecimos gozosos; Alicia se vino con nosotros, pues deseaba repetir la película. ¿Qué decir? Aquella de Tom era una infancia llena de momentos prodigiosos, de aventuras envidiables, incluso aquellas donde se subrayaba la presencia del villano encargado de crear miedo en mí. Por otro lado, aquella niñez campirana tenía algunas semejanzas (leves, desde luego) con la que meses atrás había dejado en Perote. De una manera humilde, la había imitado. ¿En qué derivó la experiencia? En mi lectura de la novela. Porque en la Hispano-Mexicana había una biblioteca, modesta pero apetecible. Sin graves trámites burocráticos, los alumnos podían llevarse libros a casa. No había yo abusado de aquella generosidad, que el fútbol, la exploración de la nueva casa y los paseos por la ciudad me tenían suficientemente ocupado, llevándose el resto del tiempo las dichas tareas escolares, que en complicidad con los maestros mis padres insistían en que cumpliera. Pero de algún modo me enteré de la existencia del libro en los fondos del colegio y decidí leerlo. Fue cuestión de dos o tres días, pues la novela me fascinó. ¿Surgió de aquí el ya continuo aprisionamiento que la lectura

ejerció en mí? Soy incapaz de certificarlo, pero hay muchas probabilidades de que así fuera.

El mundo, pues, había cambiado radicalmente. Iban a ocurrir en él otras modificaciones incluso más radicales, que acechaban burlonas mientras nos veían gozar el presente. Que iba a ser una delicia breve. Tal vez convenga dividirlo en zonas de actividad. Empiezo por la casa. Una habitación la ocupaba Gonzalo, otra mis padres, una tercera mi hermana Oliva y yo, quedando un cuarto vacío porque los muebles no alcanzaban para llenar los espacios disponibles. Los anteriores inquilinos dejaron tan sólo aquello perteneciente al restaurante: un refrigerador para cervezas y refrescos, mesas y sillas y todo lo de la cocina. Hubo, en el primer comedor, un armario enorme y supongo que elegante, donde iban los cubiertos, la vajilla y el cajón del dinero. Desapareció con los antiguos dueños, sustituyéndolo una humilde mesa artesanal de cajones escuetos. Tan escuetos que el primer día mi padre tiró del que guardaba el dinero, para darle cambio a unos clientes, y lo sacó de sus soportes, viniéndose por el suelo billetes y monedas. Gran estruendo. Salí de la cocina para ver qué lo había ocasionado: de cuclillas en el suelo mi padre recogía el dinero regado, alguna que otra sonrisa burlona llegándole desde las mesas. Sin mucho pensarlo me puse asimismo a la recogida y pronto el desaguisado quedaba resuelto. De mi padre me vino una mirada amable y, casi enseguida, me puso una caricia en la mejilla. Hondo placer para mí, desacostumbrado como estaba a tales expresiones por parte de él. ¿Me vendrá de tal escasez el gusto por recibirlas y darlas cuando tal ocurre?

Dos o tres días más tarde un nuevo y enorme armario cobijaba cubiertos, vajilla y dinero. En cuanto a las tareas, Lola se encargaba de la cocinada, María del lavado de trastes, Petra y mi padre de servir las mesas y no recuerdo cuáles eran los menesteres de mi madre. Que no estaba inactiva es seguro, pues nunca fue mujer de ocios, fuera de aquellos verdaderamente indispensables, que fueron acrecentando su tiempo según mi madre envejecía. Cuando Olivina y yo nos levantábamos para ir al colegio la ropa del día aguardaba impoluta sobre una silla, el desayuno igualmente listo y el autobús escolar a la entrada del edificio. Tomábamos las mochilas, dentro de las cuales iban los bocadillos para el recreo, y partíamos. El mundo parecía creer en la perfección, excepto por detalles. Como el que el autobús nos recordara su presencia con el claxon. Mi madre terminaba de peinar a Olivina. "Baja y diles que enseguida llega tu hermana; llévate su mochila". Veloz recorría el pasillo, la escalera, el patio frontal y llegaba al zaguán. El conductor y el vigilante me ordenaban que subiera. Yo, acongojado, miraba hacia arriba y ni asomos de la pequeña. "Que te subas". ¿Iban a dejarme si no lo hacía? Pánico absoluto. "¿No te estoy diciendo que te subas?" Nueva mirada hacia la escalera. Cero hermana. Bueno, pues a trepar al autobús. Pero un momento: ¿y la mochila de la pequeña? ¿Iba a cargarla toda la mañana? La solución fue fácil: tirarla tras la hoja de la puerta. Aliviado, lo hice y monté en el vehículo. Que no arrancó. ¿Y entonces la prisa? Aparece mi hermana, se pone en marcha el transporte y Olivina me pide su mochila. Nadie presta atención. En voz muy baja me explico con la

pequeña. Había mucha lógica en mi explicación ¿no? Y sin embargo, todos los presentes me miraron con asombro y hubo risitas de burla.

Hora de comer. El autobús escolar nos deja en casa. Mi hermana y yo miramos tras la puerta: nada. Lento, muy lento, subo la escalera. Llego donde mis padres. Ninguna atención me prestan, ocupados en atender a la clientela. Aliviado, busco mi recámara. Olivina ya está en ella, ocupada en algo propio de su edad. Sobre la cama, su mochila. Respiro aliviado: el mundo es misericordioso. Nos llaman, nos dan de comer, hago la tarea y estoy por entretenerme con algo que valga la pena cuando vuelven a llamarnos. El restaurante ha claudicado hasta la mañana siguiente. Mis padres, de pie en medio de la habitación vacía, aguardan. “Explícate”, ordena la voz severa de mi padre. Fácil: doy la versión oficial de los hechos. “Pero hay que ser tonto”, replica la voz severa de mi padre. Agacho la cabeza. “Que no se vuelva a repetir”, ordena la voz casi severa de mi padre. A continuación “¿ya hicieron la tarea?” interroga la voz neutra de mi progenitor. Asentimientos. “Pues a jugar”, concede la voz amable de mi padre.

Por esas épocas decidí enfermarme, interesado en ver qué pasaba. Lo pagué caro: el médico dictaminó anginas, inyecciones y varios días de cama absoluta. Tenía yo fiebre y pesadillas. No recuerdo el contenido de éstas, pero me llenaban de miedo. Tras el dolor venido de la primera inyección, decidí quedarme con la fiebre y las pesadillas, mas los adultos no me hicieron caso. Del mal el menos: era un solo piquete al día. O eso me aseguran los recuerdos. Ya convaleciente, una sorpresa muy agradable: mi padre nos había comprado *El libro de oro de los niños*. Seis to-

mos con pasta dura de color azul y letras en dorado, que me acompañaron por años. La hojeada inicial fue un deleite y leerlo se me transformó en vicio. Allí mi primer contacto con la cultura griega, con la romana y con la hebrea. Me atraían, sobre todo, las aventuras de los héroes griegos. Y Hércules estaba entre mis preferidos. Ése sí que tuvo una infancia movidita, envidiaba yo. Por fin me curé, quedando listo para volver a la desobediencia.

Lo hice sin darme cuenta, lo cual a ojos paternos nada disculpaba. En el Hispano-Mexicano me hice de varios amigos: Mario, Juan, José y otro al que llamaré Ricardo porque sólo recuerdo que su nombre comenzaba con R. Vivía por la zona del monumento a la Revolución y aparte de las horas pasadas juntos en la escuela nos visitábamos. En una de las visitas a mi casa preguntó qué teníamos en la azotea. Lo miré con cierto estupor: “No sé”, fue mi respuesta. “¿Cómo no sé?” En su voz había un reproche que yo no alcanzaba a comprender. Vamos a explorarla, propuso. Era el invitado y no se podía ser descortés con él. Fuimos. Estuvo viendo el desolado paisaje de aquella zona. En sus ojos había desconsuelo. Ya por irnos “¿quién vive ahí?” preguntó. Ahí era el cuarto de servicio. Nadie. “¿Y si lo exploramos?” El candado se opuso. Mas Ricardo descubrió que una ventana daba hacia la calle, que tenía un vidrio roto que permitiría abrirla siempre y cuando transitáramos metro y medio de barda hasta llegar al alféizar. Vamos. La invitación no me atrajo, pues la barda no era muy gruesa y daba poco espacio para caminar sobre ella. Vamos. Con esta segunda invitación Ricardo ya estaba en movimiento: de pie sobre la barda, la espalda pegada al muro del cuarto, lentamente se fue acercando a la ventana.

Ya junto a ella, metió la mano por la rotura del vidrio y abrió la hoja. Que se abría hacia afuera, en dirección a la calle, impidiendo con ello el paso.

Me pusieron una mano sobre el hombro. Sobresaltado, me volví hacia el dueño de la misma: mi padre, que con el índice derecho sobre los labios me pedía silencio. No era con enojo y sí por algo que hoy califico de preocupación. Acostumbrado a la obediencia, obedecí. Mi padre se acercó al muro, calmado pidió a Ricardo que le diera la mano, la tomó y puso al visitante en terrenos salvos. Mi amigo había caminado por un reborde de veinte centímetros de ancho sin ninguna defensa, de modo que cualquier tropiezo lo habría lanzado a la calle, suficientes metros abajo para no haberlo contado. Con la misma calma mi padre ordenó: "Siganme". En fila india llegamos al comedor. Mis predicciones fallaron: nada dijo mi padre. Cuando Ricardo se fue (¿lo recogieron sus familiares?) vino el castigo, pero expresado en tonos moderados: la azotea me quedaba prohibida a partir de esa tarde. Lo moderado del tono, pienso hoy, derivaba del susto que debió llevarse mi padre al ver a Ricardo en un peligro bastante grave. Al día siguiente pregunté al amigo qué consecuencias había tenido la aventura. Ninguna. "¿No te regañaron?" "No". Vaya, ni siquiera se había hecho mención del suceso. Qué envidia de padre tiene este cuate, habré pensado. También cabe la posibilidad de que la información no le hubiera llegado al padre de Ricardo. Pero era obvio que mi amigo estaba frustrado, pues el misterio del cuarto seguía vigente. "La próxima vez no se nos escapa", afirmó. A saberse porqué, nunca se dio la ocasión.

Y eso que volví a la azotea. Con una de las sirvientas, que estuvo tendiendo ropa

al sol mientras yo examinaba la puerta del cuarto, preguntándome si habría algo en el interior. Ya acabé, vámonos. El misterio seguía en pie. No así la prohibición. Al menos tal deduje viendo que se me permitía acompañar a la muchacha. Portanto, un día cualquiera tomé cuaderno y lápiz, subí a la azotea, me acomodé en el extremo opuesto del cuarto y estuve, quiero imaginar, jugando. Por aquel entonces me había inventado el siguiente entretenimiento: trazaba yo dos islas de igual tamaño en extremos opuestos de la hoja. Con la mano derecha imitaba yo un avión que dejaba caer el lápiz de punta sobre una de las islas primero, sobre la otra a continuación. Si el lápiz daba en el mar, cero consecuencias; si caía sobre una de las islas, sombreaba yo un circulito. La primera isla en quedar cubierta de circulitos perdía la guerra. El paso del avión venía acompañado por sonidos guturales que imitaban el, en mi opinión, ruido del motor. Los aviones eran biplanos y sólo llevaban piloto. Seguramente los copié de alguna película. En aquella ocasión ambas islas se salvaron. Apenas unas cuantas bombas lanzadas y la voz de mi padre: "¿qué haces aquí?" Lo miré sin temor y luego miré el cuaderno, para mí era obvio. ¿No debiera serlo para mi padre? "¿No se te prohibió subir a la azotea?"

Quedé perplejo. ¿Y la invitación de la sirvienta entonces? ¿Un engaño? ¿Una trampa? ¿Un olvido? Confuso, me refugié en una de mis defensas entonces más habituales: el silencio. Que no vuelva a ocurrir, agregó mi padre y descendimos a las partes civilizadas de la vivienda. Allí acabó todo, lo cual no dejó de sorprenderme. Porque mi padre era hombre de castigos corporales y, sin embargo, en aquella etapa lo recuerdo tranquilo, esperanzado tal

vez de que el negocio consiguiera prosperar. Pero también lo recuerdo afanoso de que todo saliera bien: iba al mercado por las mañanas; entraba y salía de la cocina, vigilando la marcha del cocinado; servía las mesas, sacando provecho de lo aprendido en Perote; cerraba el día de trabajo recogiendo trastes, manteles. ¿Cenaban él y mi madre contando los ingresos del día? Ni mi hermana ni yo nos preocupábamos por tales minucias: nuestra creencia era que todo negocio, por el simple hecho de serlo, prosperaba. De otro modo ¿para qué meterse en él?

Lo curioso es que en ese maremagno cotidiano guardo escasos recuerdos de mi madre trabajando. Curioso porque mi madre tenía mayor peso que mi padre en la vida de sus hijos. ¿La ropa limpia? Mi madre. ¿El bocadillo para la escuela? Mi madre. ¿La comida? Mi madre. ¿La cena? Mi madre. ¿La revisión de nuestras tareas? Ni mi madre ni mi padre. Por cierto que la cena solía componerse de un tazón de hojuelas de maíz, según se las llamaba entonces. Me encantaban. Sin embargo, no hay en mí memoria de lo que comía en aquellos años. Los primeros recuerdos en este campo se formaron cuando entraba en la adolescencia, lo cual significa que durante la infancia no me importó mayormente la comida. Era, seguramente, un mero trámite que cumplir tres veces al día. Como el baño, para volver a la presencia de mi madre. Sucedió cada noche. La tina hasta una tercera parte llena de agua sabrosa, en la cual nos metíamos mi hermana y yo con gusto. Venía el enjabonado y enjuagado de uno, que se ponía a jugar mientras venía el enjabonado y enjuagado del otro, para terminar con el secado de ambos. Excepto que en una ocasión mi madre estuvo mirándome

y “¿quieres enjabonarte tú?” me preguntó. Acepté encantado, lo que supuse un juego, aunque seguramente era el mundo advirtiéndome que se me consideraba capaz ya de ciertas responsabilidades.

El cuarto de baño era motivo de otra diversión. Sucedió que el retrete (y también el lavamanos) se encontraba situado a la derecha de la tina, para uso de los clientes. Uno de estos, llamado Quintana (¿tal vez Quintero?), solía ocuparlo después de comer. En cuanto lo veíamos entrar, mi hermana y yo nos acercábamos al sacro recinto. Teníamos que esperar poco: del baño llegaban a nosotros una serie de cañonazos que nos hacían retroceder con prisa y llenos de carcajadas. En mi vida he escuchado flatulencias de tal calibre. ¿El causante de ellas? Salía tranquilo como si nada hubiera ocurrido. No han faltado en mi vida individuos con igual capacidad para el disimulo. Por tanto, la casa nueva era un lugar lleno de sorpresas mayoritariamente divertidas. Tengo la memoria rebosante de pequeñísimas aventuras o por lo menos acontecimientos en ella sucedidos. Sería poco prudente el intentar contarlos todos. Basten algunos ejemplos. En el colegio se empeñaban en creer cuan bondadoso era el influjo de las tareas. Por lo tanto, éstas abundaban, sobre todo el viernes. Uno de tales días cierta suavidad se impuso al maestro, quien nos informó de la obligación de entregarle el lunes un dibujo sobre cualquier tema que nos fuera simpático. Dibujar no me repelía. Seguramente heredé de mi padre algún gen propiciatorio de esa actividad. Entonces el viernes mismo o a más tardar el sábado me puse a cumplir la gentil obligación. Recuerdo que usé lápices de colores, recuerdo que la pasé muy bien y que puse el dibujo terminado en algún

punto del comedor, donde no pudiera extraviarse. Ya acostado, llegó a mí la voz de algún huésped en diálogo con mi padre. Reconstruyo lo escuchado: "Oye, Federico, y esto ¿qué es?" "Un dibujo de mi pequeño, creo que es su tarea". "Pues oye tú, está muy bien". La voz orgullosa de mi padre: "¿Verdad que sí?" Me gustaría haber conservado memoria de lo representado en aquel cuaderno escolar.

Escribí huésped porque para entonces la aventura (ésta sí mayor y desdichada) del restaurante había terminado. Para ganarse la vida, mis padres lo habían vuelto casa de huéspedes, todos ellos españoles del exilio. Por tanto, las mesas habían quedado arrinconadas en una de las habitaciones, la segunda a partir de la cocina. En ella se amontonaron en dos niveles las mesas y las sillas ahora inútiles, cuya presencia seguramente recordaba a mi padre el fracaso sufrido. Para mi hermana Oliva y para mí tenían otro significado: el de haber creado un laberinto propicio a juegos muy imaginativos. He aquí uno que repetimos en varias ocasiones: mi hermana conservaba este papel, el de hermana, según el cual salía de paseo, se extraviaba en un bosque y la perseguía cualquier cuadrúpedo peligroso. Cuando ya estaba muy hundida en las oscuridades de aquel sitio gritaba pidiendo auxilio. Oír la voz e ir al rescate era todo uno en mí. Al cabo de un cierto número de repeticiones mi hermana pedía un cambio: ser ella la heroína al rescate. Me negaba yo con una razón irrefutable: en los cuentos y leyendas que conocía siempre era varón el héroe. Alejada de tales imposiciones, Olivina insistía en sus derechos, que nunca le reconocí. ¿Adónde iría el mundo con tales cambios? Al desastre seguro.

Otra anécdota. Uno de los huéspedes (llamado Baus) toma el sol en la azotea. Para ello, se ha puesto en traje de baño y lee una revista tumbado sobre una manta. Aparezco yo, por lo visto ya en el olvido la prohibición ideada por mi padre. Me siento junto a aquel hombre. Simula que no me ve. Aguardo. Nada. Aguardo, insistente. Nada, excepto el paso de una hoja, que deja abierta a mi curiosidad un artículo nuevo. "¿Qué es eso?" pregunto con asombro. "Tatuajes" me informa el lector. "¿Y eso qué es?" Me llega una explicación ligera, que me toma algunos minutos absorber. Lo consigo y quedo apabullado. Me asombra que la gente opte por adornos así de indelebles. El hombre enriquece su explicación: hay tatuajes que son meramente un adorno y los hay que responden a obligaciones religiosas. Entonces mis padres no tendrán tatuajes del segundo tipo. "Anda, y yo tampoco. Pero se me ocurre que tatuarte un bigote vendría bien. Te harías hombrecito antes de haber crecido." La idea me entusiasma. Pregunto qué se necesita. "Una botella de tinta china y una aguja." Me levanto y emprendo carrera en busca de mi madre, que siempre tiene lo que se necesita o sabe conseguirlo. "Pero para. ¿Adónde vas?" Informo. "Pero ¿no te enteraste de que era una broma?" Pues no. ¿Por qué iba a pensarlo una broma, sobre todo dada la seriedad con que me hablaron? Decido no darle más compañía al camarada y busco otras ocupaciones.

En lo que toca a la escuela, fue la primera ocasión en que tuve a mi alrededor exilio en abundancia: alumnos y maestros eran en su mayoría de origen español. Muchos clientes de papá también presumían de su origen ibero. Vuelvo al colegio. Durante un recreo José Giral está recogien-

do tierra en una botella con ayuda de un imán. Le pregunto la razón de aquello. “No es tierra”, me aclara: “es metal. Voy a recoger lo suficiente para hacerme un anillo”. Y se desinteresa de mí. Bueno, pues a buscar otra compañía y la encuentro en alguien de mi edad llamado Mario. Nos descubrimos vecinos, pues él vive en la misma avenida que yo. La amistad se fortalece. Durante el regreso a casa jugamos ahorcados en el camión de escuela y si estamos en un periodo de vacaciones o el fin de semana alternamos visitas. Él gusta de venir al restaurante porque tiene dos pisos, porque tiene azotea y porque no hay papás que lo vigilen. En cambio su departamento es pequeño y su pequeñez impide cierto tipo de juegos. Lo usual es que, sentados a la mesa del comedor, nos entretengamos con un mecano o dibujando o contándonos películas. Esto del cine lo tengo metido en lo más profundo de mis gustos. Pues bien, y como ya lo dije en ocasión anterior, seguía prefiriendo el cine estadounidense porque lo sabía más capaz de entender mis gustos. Sí señor, mejor John Wayne que Pedro Armendáriz, aunque éste no se defendía mal cuando el filme era de charros e incluso Sara García resultaba simpática en su papel de abuela malhablada.

El restaurante frenaba las idas al cine y aquí en la capital no había Matilde que nos acompañara para cuidarnos y mis padres, desde luego, eran prisioneros de su negocio. Por ejemplo, el que mi padre tuviera que ir al mercado muy temprano por la mañana. ¿Mi padre y un mercado? Deshace cualquier posibilidad de explicación lógica. Y sin embargo, al mercado iba mi padre. Y una de las veces (¿sólo una?) me llevó a remolque, pues eso de lidiar con marchantas no entraba en mi concepto de una existencia aventurera.

Vestía mi padre aquella mañana un suéter que combinaba dos tonos de café. Lo menciono porque fue una de las escasas ocasiones en que lo recuerdo sin saco y camisa encorbatada. Lo vi comprar todo lo indispensable y llevarlo en dos bolsas al restaurante, donde lo comprado poco a poco se transformaba en comida. ¿Es el momento de introducir aquí el desastre económico que el negocio resultó para mis padres en esa época o estiro un poco más la descripción del vivir cotidiano que teníamos antes de la abolladura?

Regreso a los buenos momentos. Por ejemplo, la semana que pasé en cama prisionero de unas anginas respaldadas por bastante fiebre. ¿Fiebre y buenos momentos? Explícate, Federico. Me explico: ¿no es agradable quedarse en la cama mientras la hermana debe cumplirle a la escuela? Claro que sí. ¿No es agradable que la madre preste más atención de la usual al hijo? Claro que sí. Pero lo realmente importante se da de otra manera: lo he contado ya, el que mi padre aparezca un día con un paquete en los brazos. Lo pone sobre la cama y me ordena que lo abra. Intuyendo algo placentero, por una vez obedezco sin enojos. Me encuentro, ya lo dije, con una colección de seis libros, los seis bastante gruesos, cuyo título es *El libro de oro de los niños*. Y en verdad que resultó un tesoro. Lo fui leyendo poco a poco, repetí muchas veces la lectura, en especial de las partes que más me gustaban. Sentí enorme predilección por la mitología griega, y no pude negarle primacía a Hércules. Eso de que venciera a mano desnuda a dos serpientes que lo visitaron en su cuna era de no creérselo y, sin embargo, me lo creía.

Pero la enfermedad decidió rendirse ante el acoso de medicinas y descansos

ideado por un médico, médico del exilio, claro está. Y un buen día volví al autobús escolar e, inevitablemente, al colegio. Nadie me preguntó nada respecto a mi ausencia. Cuánto tiempo pasé en aquel instituto me es difícil precisarlo. Estuve en tres salones distintos y con tres maestros diferentes. ¿Significa esto tres años de Hispano-Mexicano? Si a la capital llegué en 1946 y a Veracruz partí el 49, todo parece encajar. Fueron años que, en tanto a escuelas se refiere, transcurrieron muy agradablemente, no obstante la presencia de algún incidente negativo, ocurrido para informarme que la perfección no existe. Estaba el fútbol, celebrado durante el recreo en el segundo patio de la escuela. El béisbol (sí, sí, lo había en aquella academia) lo jugaban en el patio fronterero, que daba a una avenida. Por entonces no sabía que la pelota base se iba a entrometer en mis gustos, sobre todo en octubre de cada año, cuando la terminación de la liga norteamericana. Pero en el momento que relato me asombraba que un deporte tan estático atrajera los gustos de quienes lo jugaban. Poco sospechaba que los seguidores del béisbol eran incapaces de entender porque era divertido pasársela corriendo tras un balón. Eso sí, no hubo desencuentros entre ambas facciones porque se respetaban celosamente los límites geográficos.

El colegio era mixto, así que había ocasión de echarle una miradita a las compañeras, más por la curiosidad de examinar sus maneras de hablar y de comportarse que por razones estéticas y no digamos eróticas. Pero aquí entran las excepciones. Había una niña llamada Ruth que era (eso lo supuse mucho después) de origen norteamericano o inglés. Subía al

autobús en una calle elegante de un barrio elegante que hoy me resultan imposibles de precisar. Iba a la sección femenina del transporte, ocupaba el lugar vacío más próximo a la puerta y ponía la mirada en la ventanilla, de donde no la separaba hasta llegar al colegio. Esa conducta la hacía merecedora de mi interés ocasional, ya que las pláticas masculinas me interesaban mucho más que las trenzas rubias de una chiquilla. En ese ocasional desvío de mi interés los ojos de Ruth decidieron engancharse a los míos e interrogarlos: la condiscípula levantó las cejas, como solicitándome alguna explicación de algo que se me escapaba. No teniéndola, volví al mundo masculino. Seguro de haber derrotado a Ruth, pasé rápidamente la mirada por su zona y los ojos de la chica me dijeron aquí seguimos. Habían enriquecido su presencia con una leve sonrisa de la dueña. Aquellas maniobras silenciosas me estropearon la tranquilidad por un rato, pues ¿cómo actuar frente a tal desparpajo? Lo curioso es que tales encuentros sólo se daban en el autobús, seguramente porque la chica y yo transitábamos por grupos distintos.

En el mismo grupo que yo, estaba Dolores. Lo único que recuerdo de ella es que tenía un muslo derecho muy cálido. O lo tuvo la única vez en que dicho muslo y mi mano cayeron en un roce accidental. Procuré que el accidente se repitiera sin conseguirlo nunca y mi profunda amistad con la chica no pasó de lo aquí narrado. Silvia es el tercer personaje femenino en los leves incidentes de la escuela. Silvia no utilizaba el autobús escolar y vestía faldas y vestidos muy cortos, tanto que cualquier movimiento brusco de la dueña permitía el desacato de verle los calzones.

Silvia era lo que entonces se llamaba un marimacho. No había ente masculino, excepto tal vez los maestros, que la inhi-biera. Lo demostró un recreo. Miraba la distribución de alumnos en dos equipos futboleros y de pronto se acercó a los mandamases de cada grupo. "Quiero jugar." Asombro. Miradas de incredulidad tanto en los hombres como en las mujeres. "De delantera." El asombro se iba transformando en enojo. "¿A qué equipo me voy?" Vino la hecatombe, que fue expresada de distintas maneras por la creciente población que atendía al asunto. Silvia, tranquila, como si nada de aquello la tocara. "Vete con las niñas" mandó uno de los capitanes.

Era un buen consejo. En el colegio los recreos se dividían en tres campos. El exclusivo de los chicos (fútbol y béisbol), los mixtos (roña, escondidillas, encantados) y los femeninos (sepa dios en qué consistían). Una silenciosa ley nos forzaba al cumplimiento de estas imposiciones, no violables incluso para los maestros. De los maestros que tuve recuerdo tres. Han quedado en la memoria a causa de un incidente ocurrido en sus clases. Voy al suceso de menores consecuencias. Sentados en torno a la mesa que nos tocaba (era, no sé porqué, un salón sin pupitres) unos cinco muchachos. A su escritorio, la maestra. Bastante joven y de muy buen trato. "¿Ya supieron?" fue la pregunta que inició el revuelo. La hizo uno de nosotros con cara de pillería. "¿Saber qué?" fue la pregunta derivada de la anterior. Un silencio breve para elevar la curiosidad circundante y entonces: el cara de pillo, "ayer descubrieron a la profe en el armario de los libros" y otra pausa, ésta de mayor tensión. El "¿y?", vino de cualquiera de

nosotros. "Estaba haciendo el amor con el profesor..." y no es prudencia sino olvido lo que me impide dar nombres aquí. No muy enterado de lo que hacer el amor significaba realmente, puse gesto de asombro y casi al unísono con los otros miré a la heroína de la anécdota. Era guapa y esto hacía comprensible lo sucedido. Porque se daba por hecho que si lo informaba un condiscípulo era necesariamente cierto. Por tanto, comenzamos a mirar con asombro a la protagonista de aquella novela.

Ella también nos miraba. "A ver, Federico, ¿qué han estado murmurando? ¿Cuál es el motivo de tanta inquietud?" Le expliqué: "hablábamos de lo interesante que está la lección de hoy". "No me digan. ¿Y puedo saber cuál es el tema que vamos a estudiar?" Buena pregunta, para la cual no tenía respuesta. Mi actitud pedía ayuda a gritos silenciosos y el creador de esta incómoda circunstancia vino al rescate: "Íbamos a estudiar mamíferos." No "los" mamíferos, sino mamíferos. La maestra sonrió: "Y para eso, abran su libro en la página tal" y la calma volvió a mi espíritu. Al menos por ese día. En cuanto a "los" mamíferos, le tocó turno al linco, con quien en esa clase intimé para luego muy circunstancialmente tropezármelo en los años que llevo vividos.

El segundo tropezón fue un tanto más duro. El profesor en turno dictaba algún texto para él de honda sabiduría y, mientras dictaba tal sabiduría, se paseaba por el salón, como si quisiera distribuir su voz con exacto alcance para todos. En uno de sus paseos echó una miradita a mi cuaderno, detuvo el buen caminar de su barítona exposición para irse con toda prisa hasta el pizarrón. "¿Sabéis lo que

este inútil ha escrito?" Un lógico gesto de negación vino de los compañeros. "Viaje con b y no con v" y la escribió con mi triste error, su mirada un derrame de consternación sobre los alumnos. De lo que el profesor no se enteró es que una buena parte del grupo estaba de mi parte, pues también escribían esa palabra y otras más con gran descuido. Quizá si el ofensivo maestro hubiera dedicado más tiempo a una enseñanza verdadera yo no habría caído en esa falta de ortografía. Quizás.

Peor la tuve con el tercer maestro. Era una clase de estética en la que se daban muchas actividades de contemplación. El maestro solía pegar en el pizarrón la reproducción de un edificio, algún paisaje o un cuadro y nos hablaba de aspectos un tanto difíciles de seguir pero interesantes. La clase a la que me refiero estuvo dedicada a que dibujáramos algún paisaje, actividad que no me pareció del todo inútil. Insistiré: ¿los genes de mi padre trabajando en mí? Casi por terminar la clase di por concluida la tarea. Moderadamente orgulloso llevé el resultado donde el maestro: a su escritorio, del cual se iba alejando un condiscípulo. Antes de que terminaran los desplazamientos el maestro se puso de pie y nos informó con voz estentórea "Ésta sí que es una obra digna de alabo" y sacudía en el aire el dibujo que le entregara el afortunado colega unos momentos antes. Llegó a su pupitre con un gesto de incredulidad mientras yo llegaba donde el maestro, mi orgullo ya desinflado de antemano. Tras volver al escritorio el dibujo tan elogiado tomó el mío y estuvo mirándolo digamos que con cierta cortesía. "¿Esto es un árbol?" "Pues claro", quise contestar mas no me atreví. "No se parece mucho a los que conozco". "No

conocerá muchos", dije para mí. "Tarea para la próxima clase, ponerse frente a un árbol real y copiarlo tal como es. ¿Entendiste? Tal como es."

Descubrí bastante tiempo después que no toda imitación precisa necesariamente revela el ser verdadero de lo copiado. Pero este es un pensamiento que pertenece a etapas posteriores. Lo que entonces me preocupaba era cuál de los árboles reales elegir, para no equivocarme una segunda vez. Iba de regreso a mi pupitre cuando el maestro lanzó un grito de agonía: "¿Pero qué has hecho, pedazo de bárbaro?" Su mirada no permitía equivocaciones: la tenía clavada en mí con precisión de fusilero. "Ven." Obedecí, claro. "Mira." Miré, claro. "A ver cómo lo resuelves." De algún modo misterioso, de mi persona se había desprendido una gota de tinta china y había caído sobre el dibujo minutos atrás tan elogiado y, claro, le había quitado su perfección. El maestro llamó al creador de aquel dibujo y estuvieron bastante tiempo intentando un regreso a la belleza anterior. Muchos del grupo sacudieron con reproche la cabeza y fui el villano irredimible por el resto del tiempo que duró la clase. Justo es informarlo, la clase siguiente todo lo relacionado con el incidente estaba olvidado.

El tiempo que pasé en el Hispano-Mexicano fue placentero, pese a situaciones como las arriba descritas. Recuerdo con gusto una serie de actividades complementarias de las propiamente académicas, como fueron las clases de gimnasia. La escuela era un edificio de dos pisos, de cuyo vestíbulo arrancaba una escalera que (¿estaré recordando bien?) se dividía en dos tramos, cada uno de los cuales desembocaba en un extremo de la construcción.

Tal cual imitando a los edificios de algunas películas mexicanas de los cuarenta. El segundo piso tenía una terraza y la terraza era el salón de clase para la gimnasia antes mencionada, muy basamentada en la calistenia. A la hora señalada por el horario entrábamos en aquel espacio donde el maestro, pese a sus años (que no eran muchos, en realidad, excepto si vistos desde mi edad), nos guiaba con el ejemplo de sus movimientos corporales. Al parecer uno de los propósitos de la materia consistía en que hiciéramos los ejercicios al unísono, aunque por otro lado tal uniformidad pudiera brotar de modo natural porque simplemente obedecíamos la pauta impuesta por el maestro.

Esto me lleva a pensar en la relación colegio-deporte que cada escuela determinó en mi experiencia. Porque en el colegio Cervantes (en Veracruz) sólo una vez hubo dedicación al movimiento corporal: un encuentro beisbolero entre dos equipos creados minutos antes de comenzar el juego. Fue la vez primera en que me dediqué al béisbol, limitándose mi actividad a fallar con el bate de modo consistente. En cuanto a la secundaria, la número 7 (en el D.F., claro) no tenía instalaciones que permitieran cumplir con la materia llamada "Deporte". Por tanto, la teoría era que cada martes por la tarde nos reuniríamos en el parque de Buenavista, que sí las tenía. El martes inaugural hubo alumnos suficientes como para repartirlos en dos equipos de fútbol y otros dos de jockey sobre ruedas. No que esta variante deportiva impusiera su atractivo sobre el alumnado, sino que la pista existente existía para cumplir con ese deporte. Nos reunimos con el maestro, nos dividíó en cuatro equipos, nos dijo "que ganen los

mejores" y se fue. Los de los cuatro equipos a que nos asignaron nos miramos con asombro, hasta que uno de los alumnos propuso: si ya estamos aquí, pues aprovechemos. Y aprovechamos. El maestro, desde luego, jamás volvió a presentarse y los que perseveramos en asistir lo hicimos por gusto propio. Como las circunstancias familiares me llevaron a una secundaria nocturna (la número 8) en el segundo año, escuela y deporte quedaron separados definitivamente.

La estancia en el Hispano-Mexicano fue breve. No acierto a definir con precisión de cuanto en términos de tiempo, pero calculo que fue por lo menos de dos años. Esto me permitió conocer el exilio desde una perspectiva nueva, pues me vi acompañado de personas que, cada una de ellas a su manera, lo habían sufrido. No que habláramos de él cada uno de nuestros días, pero sí lo teníamos como silencioso respaldo de ciertas conductas que mostrábamos al entorno. ¿Fue allí donde se fortaleció mi idea de exilio? Sí en el sentido de confirmarme exiliado; no porque los dos (es decir, yo y el exilio) nos ajustamos a las exigencias del tiempo. Dicho de otra manera, según yo acumulaba años y según el exilio envejecía el modo de mirarlo fue cambiando. Si he de resumir la situación, se me fue volviendo una nostalgia interna que cada vez tenía menos espacio en las actividades cotidianas. En cuanto al entorno, sospecho que fue transformando lo ocurrido en mero suceso histórico, que es una de sus tareas.

Pero en aquellos años aún tenía el exilio presencia sólida en lo cotidiano. Todavía se creía posible un cambio político en España y todavía funcionaban en el D.F.

los centros de reunión. Mis padres iban, según recuerdo, al del Partido Comunista (en la calle Morelos) y si no comunista sí muy de izquierda. ¿Qué hacían los asistentes? Comentaban la situación política del mundo mientras cumplían el trasiego de café. Mi hermana y yo obedecíamos vigorosamente la obligación de aburrirnos, bien que procuráramos aligerarla jugando con el ajedrez que allí había. Desde luego, nada sabíamos mi hermana y yo del juego practicado por los adultos, que escapaba a nuestras capacidades lúdicas, sino otro cuya invención nos pertenecía a mi hermana y a mí, que consistía en una simplificación atroz del juego verdadero. En una de esas ocasiones alguien a nuestro lado exclamó: "¡Pero qué estáis haciendo!", pregunta a mi ver innecesaria dado lo ocurrido en aquel tablero. Recuerdo que mi padre solicitó clemencia para sus hijos y a éstos explicó las complicadas reglas del ajedrez verdadero, aquel practicado por la gente madura. Explicación inútil, desde luego. Tardé años en comprender los vericuetos del ajedrez, pero una vez desentrañados quedé fascinado por ellos. En nuestra etapa de novios, Carmen y yo frecuentábamos el juego, sin más excusa que el gustar de él.

Allí mismo, en ese centro de reuniones, una tarde descubrí en la mesa de la cocina un trío de carritos de plástico (si es que era plástico), uno de los cuales me fascinó por el simple hecho de ser un auto normal pero de los elegantes. Por difícil que sea crearlo, a mi vez yo llevaba en un bolsillo del pantalón un par de autos, uno de los cuales (de carreras) me disgustaba porque no le veía utilidad al deporte para el que se lo usaba. En un momento dado la cocina quedó vacía de gente por unos instantes, que aproveché para hacerme

del automóvil. Ya a punto de irme a casa algo me detuvo: el que descubrieran el robo, indagaran lo sucedido y viniera el castigo correspondiente. Pero a la vez no quería devolver lo birlado. De pronto la solución (tan sencilla) me vino a la cabeza: dejé el auto de carreras en la mesa, acompañando a los otros dos, y problema resuelto. Ya adulto he procurado reconstruir lo que en ese lugar se hablaba, pero me ha sido imposible, excepto que los temas casi siempre eran políticos, bien que de naturaleza más calmada que los de años atrás. Seguramente lo encontraba tan aburrido que no le presté atención.

Por entonces la vida consistía en ir al colegio de lunes a viernes y al cine bien el sábado, bien el domingo. Con menos frecuencia ocurría el visitar a un compañero de la escuela. Por ejemplo Juan, que vivía en la calle Barcelona; y Mario, cuyo domicilio estaba en Arcos de Belén. El padre de Mario tenía una fascinante mano derecha. Había recibido en ella un balazo (supongo que durante la Guerra Civil) que se la inutilizó de por vida. La fascinación venía de que el verla ponía en mí el recuerdo de algunas películas de terror, las cuales parecían adquirir más consistencia y más lógica con el apoyo recibido de lo cotidiano. Con Mario y con Juan la llevé muy bien. Del resto de los condiscípulos recuerdo algún rostro o alguna anécdota. Si repaso los años de escuela, resulta que en todas las etapas sucede lo mismo, excepto por aquellos pasados en la universidad. Cuestión es de preguntarse la razón de tales olvidos. ¿Será que la presencia de esas personas nada importante trajo a mi experiencia? ¿Entonces las flatulencias de Quintana sí dejaron marca en mi formación? De haber ocurrido así ¿cuál sería tal marca?

Lo cierto es que el tiempo vivido en el restaurante dejó recuerdos muy agradables, que sirvieron de contraste para los que aguardaban en el futuro. Carecía yo (seguramente en razón de mi edad y por lo tanto de mi inocencia) de la capacidad de leer en los sucesos de hoy las consecuencias para el mañana. Después de todo, esa tarea le correspondía a los mayores. ¿Qué episodios se han quedado en mi memoria? Como punto de arranque elijo el siguiente: hubo una feria del libro en la plaza donde está el monumento a la Revolución. Mi padre (ya he revelado que le gustaba leer) quiso visitarla y me llevó consigo. Quedé pasmado ante la cantidad de libros distintos allí expuesta. Y mi padre parecía dispuesto a examinar toda la oferta, pues se detenía a curiosear en casi todos los puestos. No me quejé, pues ya comenzaba yo a encontrar fascinante el deporte de la lectura. Sé que mi padre y yo salimos de esa visita con un libro cada uno, el mío de la serie dedicada a Bill Barnes y el de mi padre una novela de Karl May. En alguno de mis artículos mencioné a este autor alemán y Marlene Rall, una colega, se regocijó de ello. Según me lo aseguró, May no era lo que se dice famoso en nuestro país. Y no era cuestión de calidad, pues se trata de un novelista con mucho oficio.

Otra feria, a la que me llevó en este caso mi madre, fue la de juguetes, con motivo del día de Reyes, montada en la Alameda a lo largo de la acera que da a la avenida Hidalgo. Confieso que tuvo más atractivos que la arriba mencionada. Por entonces los juguetes de plástico eran de presencia muy escasa y, por lo mismo, atraían mucho a los que éramos niños. Aquel año mi carta a los Reyes Magos fue bastante modesta: una máscara antigás

y una ametralladora que disparaba tacos de madera. Cuando el día 6 me desperté fui a encontrarme con que los Reyes me habían obedecido a plenitud, lo que me puso de muy mal humor porque de pronto descubrí el montón de cajas envueltas para regalo que pertenecían a mi hermana. Exagero, claro. Y en todo caso, ¿cómo quejarse de algo que yo mismo había sugerido? Sin embargo, el mal humor persistió por un buen rato. Pronto aprendí a ser feliz gracias a la ametralladora: colocaba a cierta distancia de ella unos soldados de plomo y los iba derribando con bastante puntería. "Muérete, Baltasar" (y Melchor y Gaspar) era mi comentario.

También hubo visitas a la Lagunilla. Acompañaba yo a uno de los huéspedes de la casa, pues ya para entonces el restaurante había fracasado y mis padres buscaban con desesperación alternativas. Este huésped se llamaba Baus, era exiliado como nosotros y vivía de arreglar aparatos eléctricos. Pienso que sus idas domingueras a la Lagunilla eran en busca del material que necesitaba para hacer los arreglos que le caían. Un día pidió a mis padres que me dejaran acompañarlo. Asombro total en mí al ver la diversidad de objetos que estaban a la venta en aquellas aceras nutridas de puestos. Pero Baus y yo íbamos con un propósito muy definido: construir un tren. Porque Baus me preguntó un día si se me antojaba un tren de juguete para entretenerme. Desde luego, sí rotundo. De aquí la visita a la Lagunilla. No costó demasiado encontrar un puesto donde vendían juguetes usados y, entre ellos, lo que buscábamos. Baus compró algunas otras piezas estrafalarias, inútiles para mi vida de preadolescente. De vuelta en casa, armamos el tren y pronto lo teníamos dando vueltas sobre una vía

ovalada. Lo disfruté mucho y le dije a los Reyes Magos: "aprendan".

Otra salida que recuerdo se dio un domingo y consistió en ir a ver aviones. El capricho fue de mi padre, que tenía inclinación por barcos y aviones que lo llevaran lejos. Al menos, tal es hoy mi deducción. Siempre tuvo pasión por tales transportes. En esta ocasión se trató de un campo militar, apartado del mundo por una barda de alambre que se extendía sin fin en ambas direcciones. Estuvimos lo que calculo fue una buena media hora mirando la pista vacía, mi hermana y yo compitiendo en ver quien mantenía por el mayor tiempo un bostezo. De pronto mi padre sonrió con placer y dijo: "miren". Muy lejos en el cielo se acercaba un avión. Fue bajando, entró en la pista y poco después se detenía, bastante lejos de donde estábamos. Bien, pues vámonos ordenó la voz paterna. Ya en casa mi madre preguntó si la habíamos pasado divertidamente y la mentira fue parcial: "sí, estuvimos viendo aviones".

Qué llevó al desastre el negocio de mi padre es cuestión de especulaciones. Razones me han llegado de lo más variadas y, a su modo, algo de verdad parecen tener pero sin que ninguna de ellas domine el panorama. Por ejemplo, que mi madre cocinaba mal y fue ahuyentando a la clientela. Bueno, pero mi madre no cocinaba (o al menos no todo) dado que había quien se ocupara de ello: Lola. Que los amigos de partido venían a comer y pedían crédito, el cual desbordó finalmente los límites de lo prudente. Que simplemente mi padre no estaba hecho para los negocios. Sea como fuere, la quiebra vino. Un día mi padre estaba aguardando en la acera nuestra llegada del co-

legio, quebrantamiento absoluto de las reglas establecidas por la costumbre. Nos llevó consigo a un café de chinos, donde mi madre estaba ya sentada a una de las mesas. Comimos. Luego caminamos hasta una calle secundaria y entramos a un hotel, imagino que también secundario. Olivina y yo obedecíamos sin comprender, pues ninguna explicación venía de esa fuente de explicaciones que deberían ser los padres. Todo lo más fue un "ahora vengo" de mi padre antes de irse. Bueno, pues allí quedamos los tres sujetos al aburrimiento, porque nuestra única defensa era la mochila escolar, llena de libros y cuadernos poco apetecibles por demasiado conocidos, aparte de que su tarea no es la de divertir.

Volvió mi padre ya bastante tarde, en la mano derecha una bolsa llena de ropa. ¿Cena? En el mismo restaurante. ¿Desayuno? En el mismo restaurante. Luego, una breve excursión para llegar al edificio donde habíamos vivido hasta dos días atrás y la recogida por parte del autobús escolar. No sé mi hermana, pero yo subí convencido de que los amigos iban a mirarme con lástima profunda. Nada de eso. Se portaron como lo hacían siempre, cada uno atenido a su modo de ser. Los maestros tampoco dieron señal de haberse enterado de lo ocurrido. Y a decir verdad ¿qué había ocurrido? Es decir, Olivina y yo sufríamos las consecuencias sin conocer su origen. Quizás es una de las obligaciones de la infancia: experimentar sin deducir. Tal vez este setentón que ahora escribe se equivoque. Tal vez. Lo cierto es que restaurante y luego pensión como soluciones no iban a resistir mucho tiempo. Era una advertencia que el bolsillo de mi padre le hacía. Y supo escucharlo.

Autobiografía

- (1991). *De cuerpo entero*. México: Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México /Corunda.
- (2011). *Una infancia llamada exilio*. México: Eds. Eón. (Testimonio, 5)

CUENTO

- (1997). *Bitácora de extravíos*. México: Cabos Suelos. (Serie Literatura Latinoamericana)
- (1987). *En esta casa*. México: Fondo de Cultura Económica. (Serie Letras Mexicanas)
- (1985). *Nena, me llamo Walter*. México: Fondo de Cultura Económica. (Serie Letras Mexicanas)
- (1998). *La piel lejana*. México: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (Serie El Guardagujas)
- (2006). *Encuentros*. México: Eds. Eón/The University of Texas at El Paso. (Serie Narrativa)

NOVELA

- (2001). *Angela o las arquitecturas abandonadas*. México: Plaza & Janés.
- (2008). *Casi desnudo*. Eds. Eón/Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. (Narrativa)
- (1999). *El rumor de su sangre*. México: Cabos Suelos/Aldus. (La Torre Inclinada)
- (2001). *Esperanza*. México: Ed. Coyoacán. (Reino Imaginario)
- (1994). *La ceremonia perfecta*. México: Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. (Textos de Difusión Cultural)

- (1996). *Mujeres ante el espejo*. México: Selector. (Aura)
- (1989). *Puertas antiguas*. México: Alianza Editorial Mexicana.
- (1986). *Último exilio*. México: Universidad Veracruzana. (Ficción)
- (2012). *¿Y el paraíso?* México: Eds. Eón/UTEP. (Narrativa, 26)

POESÍA

- (1982). *A orillas del silencio*. México: Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2000). *Árboles hay y ríos*. México: Universidad Autónoma del Estado de México/La Tinta del Alcatraz, Toluca. (Serie José Yurrieta Valdés)
- (1965). *Del oscuro canto*. México: Finisterre. (Ecuador o°o'o'')
- (1983). *Del tiempo y la soledad*. México: Oasis. (Libros del Fakir, 32)
- (1991). *El mundo de Abel Cañez*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, (Media Tinta, 5)
- (2003). *Es el espejo un agua rigurosa*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. (Libros del Laberinto, Serie Menor, 9)
- (1980). *Fuego lleno de semillas (poemas de un itinerario)*. México: Coordinación de Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México. (Cuadernos de poesía)
- (1986). *Imágenes*. México: Universidad Veracruzana. (Luna Hiena, 28)
- (1968). *Los caminos del alba*. México: Finisterre. (Ecuador o°o'o'')
- (1997). *No existen los regresos*. México: Universidad Autónoma del Estado de México/La Tinta del Alcatraz, Toluca, (La Hoja Murmurante, 277)

(2013). *Paisajes transitorios*. Ed., comp. y nota prel. de Enrique López Aguilar. México: UAM-A/Embajada de España en México/El Ateneo Español de México/Eds. Eón. (Los ríos que dan a la mar)

(1992). *Umbrales*. México: Coordinación de Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México. (El ala del tigre)